

Ciudadano Polanco, de Juan Cruz Ruiz

Este Ciudadano Polanco que ahora se publica podría haber sido en otras circunstancias una suerte de autobiografía del empresario español de medios de comunicación más nombrado desde la Transición. Personaje clave en nuestra historia reciente, Jesús Polanco decidió lanzarse a la escritura cuando vio que sus luces y sus sombras amenazaban con dar que hablar en igual proporción. La intenciona no fue más allá y al final se decidió una solución de consenso: que Juan Cruz Ruiz, periodista cultural de El País, lo entrevistase y a partir de las respuestas alzase un libro de memorias en primera persona. La redacción inicial de Polanco se incluye en el prólogo de este volumen, junto a las palabras del autor que determinan los criterios que han dado forma al trabajo final. Después de las conversaciones, Juan Cruz recoge y sitúa en su contexto varios testimonios de directivos (Juan Luis Cebrián, Augusto Delkáder, Javier Godó...) o personas públicas relevantes (como el abogado Matías Cortés o el ejecutivo Gregorio Marañón) que compartieron parte de sus trayectorias o momentos puntuales con el protagonista. Lo que más sorprende no es tanto lo que se dice de

él sino las ideas claras que tenía acerca de su negociado, en el que estaba llamada a sucederle su hija Isabel Polanco, que no dispuso del tiempo suficiente para hacer cosas. De ella se habla como de alguien con una implicación especial en el mundo de los libros y las editoriales, lo que prueban la introducción en el mercado latinoamericano y el fichaje de Mario Vargas Llosa, que en los años noventa se convertiría en uno de los escritores e intelectuales de cabecera de la empresa. Padre e hija fueron símbolos de una época en la que, al menos en apariencia, los condicionamientos entre política y medios estaban menos polarizados.



El penúltimo negroni, de David Gistau

Durante años fui lector habitual de las columnas de David Gistau en La Razón, El Mundo y ABC. En los últimos tiempos volvía con cierta frecuencia a las piezas que firmó en su día en XL Semanal, algo más personales. Pasado el clamor que se generó con su muerte fui capaz de distinguir en su desaparición un golpe bajo a los periódicos, que tardarán en recuperarse y hallar en su generación otro elemento de su valor y su influencia, toda vez que una multitud de admiradores no dudaron en declararse influidos por él, cuando no directamente plagiarios. La ausencia de Gistau se produjo en el peor momento: después de una cantidad ingente de artículos de prensa y varias incursiones en los terrenos de la narrativa, lo mejor estaba por venir, sospecha en la que han coincidido sus allegados. De todos los homenajes que se le han hecho desde entonces, el mejor ha venido por los hechos y no por las palabras, como en la vida en general. En concreto, por uno que ha puesto su cara y su nombre en los escaparates y las estanterías de novedades de los puntos de venta de libros de toda España: el estreno de El penúltimo negroni, una recopilación de 175 textos donde quedan reflejados sus temas predilectos (la política nacional, la estética del siglo XX, el Real Madrid, la vida cotidiana) a través de las opiniones que vertió sobre ellos, sobre todo en las últimas dos décadas, las de su mayor esplendor y difusión a través de nuestra prensa. El volumen, que ayuda a comprender a Gistau y a muchos de sus contemporáneos y asimilados, es la primera antología que hace justicia a la naturaleza versátil del autor y, por tanto, levanta acta notarial de la curiosidad que tenía por muchos debates de nuestra época.

